



Mediar con mediadores

La formación de talleristas en la Universidad de los niños

Por Maryory Yarce Vasco

Profesional para la formación de la Universidad
de los niños EAFIT

La vida me dio un semblante que a simple vista puede generar temor. Por mi postura, mis gestos y el humor negro que me caracterizan, cuando era docente escolar algunos de mis estudiantes me apodaron «la Generala». Pero ¿qué hace una generala en la Universidad de los niños EAFIT, un programa donde el saber no está solo en el docente, sino que reconoce al otro como sujeto activo en su proceso de aprendizaje? La respuesta es simple, pero no sencilla: vine a desaprender.



En 2016 me uní al equipo de trabajo de la Universidad de los niños como profesional de formación de formadores. Al principio, mi personalidad me llevó a enfocar el proceso formativo en el desarrollo de habilidades cognitivas. Buscaba que los mediadores llegaran a una respuesta que ya estaba construida en mi cabeza; no daba espacio a la espontaneidad y me preocupaba mucho por que todo se ciñera a las guías ya establecidas. Grave error. Los mediadores del grupo que acompañaba no participaban en las sesiones, no se sentían parte de un equipo ni se emocionaban con el conocimiento¹.

Ahí estaba yo, a mis casi cuarenta años, cuestionando mis acciones en

¹ El gozo intelectual es abordado en la metodología de la Universidad de los niños desde la concepción de Jorge Wagensberg.



Talleristas de la Universidad de los niños en 2020. Foto: Agustín Patiño.

ese proceso educativo. ¿Cómo convertir las sesiones en momentos vinculantes? ¿Cómo favorecer el aprendizaje activo? ¿Cómo transformarme para que ellos se transformen? Hacerme estas preguntas fue el primer paso para bajarme de mi estatus de generala, para permitirme desaprender y encontrar nuevas formas de ver la enseñanza y el aprendizaje.

Sería en el mismo espíritu de la Universidad de los niños donde encontraría algunas respuestas. Las bases metodológicas del programa me llevaron a pensar los procesos de aprendizaje a través de la pregunta, el juego, la experimentación y la conversación. Comencé a incluir en las sesiones espacios

de sorpresa y emoción, para tejer entre la diversidad, para acercarnos y aceptar lo que se salía de la norma. Poco a poco las cosas cambiaron: empezamos a ser una comunidad en lugar de un grupo; confirmé que el aprendizaje no solo es cognitivo y constaté el valor de generar espacios que tejan un entramado de relaciones, que doten de sentido humano el quehacer del mediador.

Ese fue mi primer gran aprendizaje: el primer requisito de un mediador es buscar su propia transformación², porque no es posible acompañar el proce-

2 Para profundizar en el rol de la experiencia en el proceso de transformación puede buscarse Larrosa, J. (2006) Sobre la experiencia. Aloma: revista de psicología (19), 87,112





so formativo de otros sin transformarse a sí mismo. Para lograr este objetivo, quien lidera un proceso de aprendizaje ha de preguntarse qué concepción tiene del conocimiento y de la enseñanza, qué conceptos tiene sobre quien aprende y sobre quien enseña. Responder esas preguntas le permite identificar cuál es la metodología más adecuada para sus propios procesos de aprendizaje, ya sea como mediador, docente o cuidador.

Asumir el rol de profesional de formación de formadores también me ha enseñado que hay que preguntarse

¿cuál es el punto de partida para las personas a quienes vamos a acompañar? Y también, ¿cuál es el mediador ideal que podemos llegar a ser y cómo lo hacemos? Estas preguntas nos ayudan a trazar las líneas de una ruta de formación que puede acercar nuestros perfiles actuales a los de los mediadores que desarrollan todo su potencial.

Y en esa ruta se avanza con pequeños pasos, por eso es importante identificar distintos niveles en el desarrollo de habilidades. Por ejemplo, si el objetivo es desarrollar habilidades cognitivas



Las creaciones plásticas son parte de las sesiones de formación de los talleristas.
Foto: Andrés Felipe Giraldo.



vas, se necesita identificar conceptos, explicarlos en palabras propias, contrastarlos con otras ideas y, finalmente, aplicarlos en otros contextos. Estos son cuatro niveles de competencia que transitan desde lo simple a lo complejo, lo que se conoce como descriptores de habilidad³. Del mismo modo pueden plantearse niveles en las habilidades comunicativas o sociales y afectivas.

En la Universidad de los niños no buscamos que los mediadores se vuelvan expertos en estrategias didácticas o en técnicas de manejo de grupo concretas. Queremos que se reconozcan como una figura que brinda al otro la posibilidad de desarrollar conocimientos y habilidades desde sus propias experiencias, respetando los diferentes ritmos de aprendizaje y privilegiando las preguntas más que las respuestas, de esta manera se evita forzar el desarrollo de habilidades o respuestas automáticas que terminan obturando el aprendizaje⁴.

Por eso nuestro objetivo es que fortalezcan su pensamiento crítico y su capacidad para gestionar procesos de

aprendizaje, mediación y apropiación social del conocimiento, sensibilizando su escucha y su disposición para el cuidado, la inclusión y la construcción colectiva de conocimiento.

Precisamente esto es lo que siento que ha logrado la Universidad de los niños en mí: transformarme de generala a mediadora en experiencias que recogen los saberes de nuestro equipo de trabajo, la visión de nuestros líderes, las preguntas de nuestros talleristas, las reflexiones pedagógicas de nuestros asesores y la transformación de miles de niños, niñas, jóvenes y mediadores a lo largo de 15 años de historia.

Ahora comprendo por qué muchos de los mediadores que pasan por el programa lo consideran un lugar cercano que promueve la confianza. Al igual que ellos, puedo decir que siento a la Universidad de los niños como una maestra que nos ha enseñado a sentirnos partícipes, a construir sentido y a permitirles a las demás personas crear su propio lugar en el mundo.

³ Para ampliar esta información pueden remitirse a la taxonomía de Bloom que permitirá identificar cuáles son los niveles de competencias. Para ejemplificar descriptores de habilidades se sugiere el texto de Allens, M. (2007) Diccionario de Gestión por Competencias. Buenos Aires: Granica.

⁴ Para conocer la función del mediador en el proceso de conocimiento: Posada, P. (2010) ¿Baño de totuma o ducha de saber? Revista Catalejo (3), 8.9





Mi experiencia como tallerista de la Universidad de los niños

Me llamo Catalina Valencia, economista de la Universidad EAFIT. Cuando estaba estudiando el pregrado, una amiga me invitó a ser tallerista de la Universidad de los niños. Yo no estaba muy convencida, no sentía que fuera buena con los niños. Pero fue lo mejor de mi vida universitaria. Mejoré mucho mis habilidades comunicativas y gané confianza para hablar en público y hacer preguntas. El proceso de formación me ayudó a mejorar mi capacidad de improvisar, tomar decisiones y adaptarme a diferentes escenarios, porque en un taller no todo sale según lo planeado. Recuerdo, por ejemplo, un taller que tuvimos con Jorge Cano, que es experto en teatro e improvisación. Él nos hacía enfrentarnos a nosotros mismos, mirarnos al espejo y mirar a nuestros compañeros. ¡Nos dimos cuenta de que nos daba mucho miedo mirar a los demás a los ojos!

Aprendimos mucho de Maryory Yarce, Carolina Arango, Susana Galvis y muchas otras personas Maryory, por ejemplo,

es un modelo a seguir, ella representa lo que queremos ser como talleristas. Ella siempre nos cuestiona, nos ayuda a explorar de manera individual y como equipo cómo podemos ser mejores mediadores y resolver los conflictos que pueden aparecer durante los talleres. Luego de ser tallerista durante tres años, también empecé a apoyar el diseño de experiencias de aprendizaje para Zoom Ciencia, un programa de la Universidad de los niños y la Escuela de Verano EAFIT. Eso me ha ayudado mucho a entender el aprendizaje desde otra perspectiva, no solo desde la práctica con los grupos de niños y niñas, sino también desde la investigación y el diseño de experiencias pedagógicas. El modelo educativo tradicional se tiene que transformar. En mi familia hay muchos profesores, pero yo decía que no quería ser profesora. Mi experiencia en la Universidad de los niños me hizo cambiar de opinión. Amaría ser docente y promover el aprendizaje de una manera diferente a la tradicional.

Mi experiencia como líder de formación de la Universidad de los niños

Me llamo Carolina Giraldo y en la actualidad soy coordinadora pedagógica en Museo de Antioquia. Me uní a la Universidad de los niños en 2005 como tallerista y más adelante pasé a liderar la formación de talleristas del programa. Recuerdo que al principio siempre nos preparábamos para los talleres jugando. Tita Maya nos ponía a cantar, a bailar, a jugar... ella siempre tenía un juego bajo la manga. Descubrimos que el juego en la educación va mucho más allá del simple entretenimiento y puede cumplir muchos propósitos. También nos preparábamos conversando con investigadores de la Universidad y estudiando mucho, no para ganar una nota, sino para encontrar vínculos emocionales con el conocimiento.

Como tallerista, descubrí que esos vínculos son muy importantes en el aprendizaje, y que si alguien se transformaba con las experiencias de aprendizaje era yo misma. Entonces la relación que establecíamos con el saber pasaba por tres ejes: la historia personal, es decir, cómo un conocimiento tiene significado en mi vida; la experiencia, o sea no quedarnos solo en el mundo de las ideas, sino experimentar, vivir el saber; y por último la evaluación indi-

vidual y grupal de las experiencias. Los espacios para evaluar servían para preguntarnos cómo se relaciona el aprendizaje con otros procesos de nuestras vidas y así poder promover esos aprendizajes con otros. ¡Un tallerista que no tenga una llamita por dentro no tiene cómo encenderla en los demás!

Luego, en 2012, se definió un rol especializado para guiar la formación de talleristas de la Universidad de los niños. Antes lo hacíamos entre varios, puesto que teníamos un equipo muy creativo y bien articulado, pero con el tiempo vimos la necesidad de tener a alguien específico a quien los talleristas pudieran acudir, con quien pudieran compartir sus miedos y logros. También alguien que hiciera memoria del proceso y fortaleciera esa relación directa con nuestros talleristas, tanto como los niños y los investigadores universitarios. Con ese rol, que yo ocupé por un tiempo y luego lo ha desempeñado Maryory Yarce, apareció la posibilidad de transferir esa experiencia en la formación de mediadores con otras organizaciones e instituciones educativas. Porque además de los mediadores, también habíamos trabajado con docentes que acompañaban a los niños participantes del programa, y que cuando estaban presentes en los talleres generaban ciertas tensiones, regañaban a los niños o los hacían sentir vigilados. Entonces creamos un grupo para docentes, que vivían un taller similar al de los niños, y donde surgían conversaciones que nos han alimentado a todos, tanto desde la educación escolar, como desde nuestras experiencias basadas en el juego.